tud de cortesanos: «Habeis querido combatirme, le dijo ella. = Sí, señora, respondió el anciano guerrero, y ahora mi deber es combatir por vos.» La princesa Dachkof recibió la órden y las joyas de su hermana, la ex-favorita. El favorito y sus hermanos fueron elevados á la dignidad de condes.

Recibió Moscou la noticia de aquella revolucion con gran frialdad, y aun se temieron algunas manifestaciones mas serias. En Petersburgo mismo, cuando se hubo entibiado algun tanto el primer entusiasmo, manifestaron los soldados algunos remordimientos de aquella violencia ejercida contra el nieto de Pedro el Grande. Catalina conocia demasiado á los hombres y el carácter de su pueblo. Solo la muerte del estúpido Pedro III podia asegurar su tranquilidad.

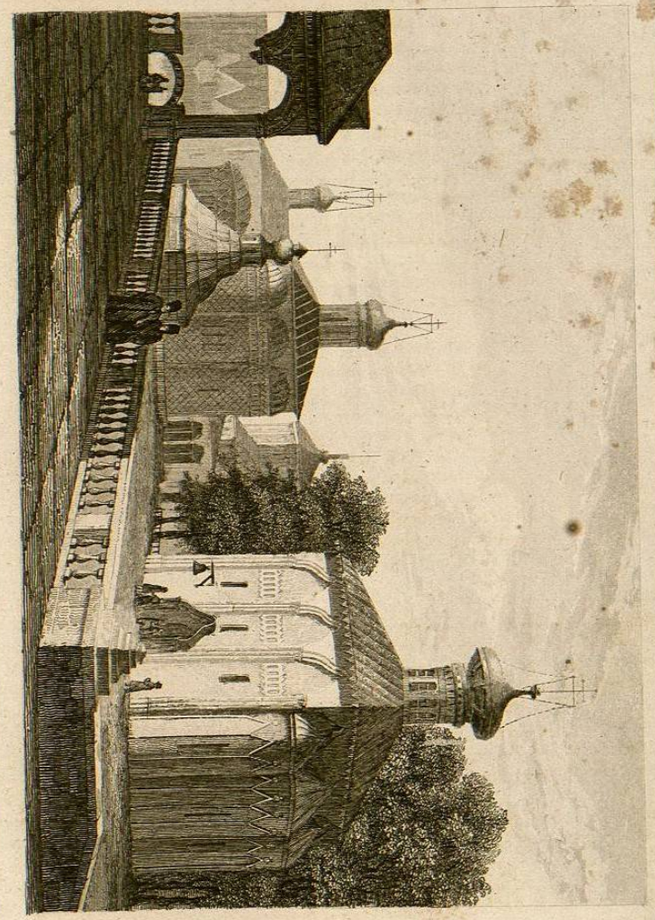
Alexis Orlof, el mismo que habia ido á buscar á Catalina, á Peterhof y á Tieplof, otro advenedizo, pero que, siendo de clase mas baja, se apresuraba á cimentar su favor con un servicio para el que pocas jentes se sienten capaces, fueron á encontrar al príncipe destronado y le pidieron de comer. Segun la costumbre de los Rusos, sirvieron aguardiente y licores antes de sentarse á la mesa. Bebió el emperador, é inmediatamente sintió el efecto del veneno; quiérenle hacer volver á beber, mas la víctima estaba ya abandonada á los dolores mas atroces; Pedro arroja la bebida fatal; insisten los emisarios, impacientes de ganar su estipendio. En aquella horrible lucha, añade Rulhiere, para ahogar sus gritos que principiaban á oirse desde lejos, se precipitan sobre él, le cojen por el pescuezo y le echan á tierra: mas como él se defendia con todas las fuerzas que da la desesperacion, y ellos evitaban hacerle ninguna herida, reducidos á temer por sí, llamaron en su auxilio á dos oficiales encargados de su custodia, que en aquel momento estaban fuera, á la puerta de su prision. Acudieron con prontitud, y tres de aquellos asesinos habiendo añudado y apretado una servilleta al rededor del cuello del desdichado emperador, mientras que Orlof con sus dos rodillas le oprimia el pecho y le tenia sofocado, acabaron de ahogarle, y quedó sin vida entre sus manos (1).

¿Cómo cabe abrigar las dudas de Rulhiere acerca de la parte que tuvo la emperatriz en aquella conspiracion, cuando se leen en su relacion las reflexiones siguientes? «En el dia en que se cometió el crímen, cuando aquella princesa principiaba á comer con mucha alegría, se vió entrar aquel mismo Orlof con los cabellos sueltos, cubierto de sudor y polvo, con los vestidos rasgados, la fisonomía ajitada y llena de horror. Al entrar, sus ojos centelleantes y turbados buscaban los de la emperatriz. Levántase ella silenciosamente, pasa á su gabinete, á donde él la sigue; algunos instantes despues, hizo llamar al conde Panin, nombrado ya su ministro, y le consulta sobre el modo de anunciar al público aquella muerte. Panin aconseja que se deje pasar una noche, y que se divulgue la noticia al dia siguiente, como si la hubiesen recibido durante la noche. Habiéndose adoptado aquel consejo, la emperatriz volvió á entrar con el mismo semblante, y continuó su comida con la misma alegría. Al siguiente dia, cuando se hubo esparcido la noticia que Pedro habia muerto de un cólico homorroidal, se presentó bañada en lágrimas, é hizo público su dolor con un edicto.

CATALINA II.

1772 á 1796. Una mujer atrevida, nacida en una de aquellas pequeñas cortes de Alemania que están emparentadas con las grandes casas soberanas de Europa, acababa de sentarse en el trono de todas las Rusias. Las circunstancias que habian precedido á aquel advenimiento, la catástrofe que lo habia puesto fuera de

(1) Bressan, ayuda de cámara de Pedro III, presenció aquella horrible escena. Hiciéronle jurar sobre el Evanjelio no divulgarla jamás; lo que no le impidió contar todas las circunstancias al encargado de negocios de Francia.



Interior del Monasterio de Troitza.

RUSSIE. RUSIA. 43

duda, parecian pronosticar un reinado ajitado y difícil; bajo el punto de vista político, el porvenir no ofrecia ninguna seguridad.

Sin embargo aquel reinado fué ilustrado por una gloria sólida, y verdaderamente desde esta época fecha el influjo directo de la Rusia sobre la Europa.

La emperatriz compensaba sus flaquezas privadas con una conducta firme y hábil, tanto en la administracion, como en sus relaciones con sus vecinos, aliados ó enemigos; en fin siguióse con gran teson aquella realizacion precoz de los planes de Pedro el Grande, favorecida por la discordia y ambicion de los gabinetes de Europa.

La emperatriz se mostró clemente, cuando juzgó que la severidad cesaba de serle necesaria, y consoló la familia de Pedro III colmándola de favores. Ella conocia que el estado de su hacienda no le permitia hacer la guerra. En su consecuencia, se dedicó á restablecer el órden en todas las partes de la administracion, y realzó la consideracion del senado, asistiendo en persona á las sentencias de los pleitos. Si hemos de dar crédito á Castera, dijo la emperatriz un dia á Mr. de Breteuil: « Yo tengo el ejército mas hermoso del mundo; me falta el dinero, es cierto; pero estaré provista abundantemente dentro de pocos años. Si me dejase llevar de mis inclinaciones, me gustaria mas la guerra que la paz; pero me retienen la humanidad, la justicia y la razon. Sin embargo no haré yo como la emperatriz Isabel; no me haré instigar para emprender la guerra; la haré cuando me sea ventajosa, pero nunca para complacer á los demás. No se me podrá juzgar bien, añadió, sino dentro de cinco años. Entretanto, me conduciré, dijo, con los príncipes de la Europa como una presumida hábil. »

Aquella política, toda de espectacion, se esplicaba con el estado de Europa. Las primeras medidas de aquella soberana anunciaron tanta moderacion como entereza. Abandonó la guerra del Holstein, como impopular é inoportuna; esto era reservarse al mismo tiempo el medio de tratar con la Prusia sobre nuevas bases, y salir con honor de la posicion delicada en que se hallaban los gabinetes de Berlin y Petersburgo, desde la caida de Pedro III.

Lo mas urjente y menos fácil era tomar un partido definitivo con la Prusia. Federico conocia demasiado la inconstancia de la fortuna, para esponer al czar las ventajas de su posicion. Debia á su númen y tal vez á la orijinalidad de sus modales una fama estraordinaria. Jamás príncipe alguno escitó en igual grado el fanatismo del entusiasmo. Habia previsto la catástrofe trájica que derribó á Pedro, y dedicándose desde entónces á halagar á Catalina, habia trazado en su consecuencia las instrucciones de su ministro, de manera que el acontecimiento no le habia cojido desprevenido. Catalina por su parte se manifestó muy complacida con los agasajos de un príncipe tan célebre.

Algunos historiadores han declarado que la ventaja en aquellas negociaciones quedó á favor de Federico; le alaban, entre otras cosas, por haber atraido á la emperatriz á hacer todos los gastos del desmembramiento de la Polonia, apropiándose él mismo una parte del resultado.

María Teresa, que se habia lisonjeado de recobrar la Silesia, no pudo ver con indiferencia el aspecto que habia dado á los negocios el advenimiento de Catalina.

La emperatriz se complacia en manifestar su desapego por la Francia hasta en la predileccion que aparentaba por el pueblo inglés. Es preciso confesar que el carácter de Luis XV, con su séquito de queridas y favoritos, no era de naturaleza que pudiese granjearse el aprecio de una princesa que manejaba de frente los placeres y los negocios.

Mientras que la Europa estaba en la espectativa, la emperatriz vijilaba todas las partes de la administracion; restableciase el órden por todas partes; sociedades literarias, colejios, hospitales, monumentos públicos, todo nacia de su palabra, y atesti-

guaba la estension de su talento y el deseo de agregar á su nombre todos los jéneros de gloria.

Favoreció el comercio, atrajo á los estranjeros, distribuyó tierras á los colonos á quienes atraia su jenerosa hospitalidad; y comprendiendo que una buena lejislacion es á un mismo tiempo el complemento y la garantía de las instituciones y del órden público, prometió reformar las leyes del imperio.

Un largo retiro la habia enseñado á aprovechar todos los instantes; arte sin el cual los príncipes, aunque estuviesen dotados por otra parte de las mas altas prendas, no son mas que reyes medianos. Ella vijilaba la administracion interior; en los casos importantes, ella misma escribia ó dictaba sus órdenes, ó las instrucciones que enviaba á sus embajadores, indicando sus voluntades, y abandonando á su intelijencia el empleo de los medios, segun las circunstancias. Estimulaba el mérito; y algunos hombres notables en la guerra, en la política y en las letras ilustraron su reinado. ¡Feliz, si, á las prendas mas brillantes del soberano, hubiera sabido hermanar las virtudes de su sexo!

A pesar del cuidado que se tomaba en conformarse á las costumbres de su pueblo, aquel pueblo, enemigo de la civilizacion estranjera, que tantos rigores le habian hecho aborrecer, no veia en Catalina mas que una Alemana, cuyas reformas acusaban su oríjen. Moscou sobre todo, cuya poblacion se compone de nobles que pasan una parte del año en sus tierras; Moscou, menos brillante que la nueva capital, pero mas adicta á las costumbres antiguas, habia infundido á Catalina serias zozobras; á la noticia del éxito de la conspiracion, habian estado próximos á sublevarse; algunas distribuciones de cerveza y aguardiente habian calmado aquella efervescencia; pero si habian cesado las manifestaciones sediciosas, el público no era nada favorable á la emperatriz. Catalina resolvió disipar aquellas penosas impresiones con su presencia, y hacerse coronar con la pompa y las ceremonias acostumbradas. Partió pues para Moscou, llevando consigo tanto á los que le eran afectos, como á los en que no tenia confianza. Fué acojida con un profundo silencio, al paso que todos se dirijian ante su hijo, el gran duque Pablo. La ceremonia escitó menos entusiasmo que curiosidad; ¡tan difícil es borrar de las masas la impresion que deja un crímen! En seguida distribuyó gracias y recompensas, aduló al ejército con manifiestos, y mandó dar una gratificacion á todos los soldados, cabos y sarjentos que se habian hallado en las jornadas de Jagersdof, de Crossen y de Kunersdorf.

Asegurada ya del ejército, se dedicó á ganar el clero, lo que hizo con tanta finura, que logró hacer emplear su propio influjo para concluir el negocio relativo á los bienes de la Iglesia. De vuelta á Petersburgo, encargó á un sínodo la revision del ukase de Pedro III; mantúvose la confiscacion, mas ella suavizó aquella decision, concediendo á los propietarios despojados indemnizaciones vitalicias. Aquella medida, necesaria tal vez, y sobre todo al principio de un reinado inaugurado por la violencia, contribuyó poderosamente á enconar los ánimos. Hízose circular un pretendido manifiesto del emperador, que designaba Ivan para la sucesion. Catalina tenia el ojo demasiado alerto para ignorar aquellas intrigas; ella sabia que en Rusia es fuerza sucumbir ó aniquilar el obstáculo. El destierro y el knut probaron bien pronto que el trono no estaba vacante, y la audacia sediciosa de los guardias fué severamente reprimida. Algun tiempo despues, estalló una sublevacion mas seria: tenia por motivo ó por pretesto el jóven gran duque Pablo, cuya salud vacilante inspiraba recelos injuriosos para Catalina. El castigo fué proporcionado al peligro. El motin habia durado un dia, á pesar de los esfuerzos de los Orlof y de sus paniaguados. En medio de aquella efervescencia, se presentaron temblando ante la emperatriz, Razunovski, Bestujef y Panin: ella los recibió con una calma y una dignidad que realzaba aun mas

sus temores. «¿Por qué os alarmais? les dijo ella, ¿pensais acaso que yo no me atrevo á encararme con el peligro? Algunos facciosos insolentes, algunos soldados amotinados, quieren quitarme una corona que he aceptado contra mi gusto, y para evitar á la nacion rusa las desgracias que la amenazaban: la Providencia, que me ha llamado á reinar, me conservará para la gloria y el honor del imperio, y su mano todopoderosa confundirá á mis enemigos.» Veinte y cuatro oficiales de los guardias fueron juzgados y condenados, los mas culpables debian ser descuartizados: Catalina les hizo merced de la vida; pero fueron degradados y abofeteados por mano del verdugo.

Panin atribuia aquellas sublevaciones á un achaque que quedaria sin remedio mientras no se modificase la forma de gobierno; representaba sin cesar á la emperatriz que era urjente reconstituir poderosamente la aristocracia, para apoyar al poder, y neutralizar los proyectos de la malevolencia, haciendo participar á un cuerpo numeroso y de consideracion de la responsabilidad de los actos de la soberanía. Tal vez creia él realmente que era posible realizar aquella reforma; tal vez temia tambien que su crédito, balanceado ya por Orlof, fuese destruido totalmente por algun nuevo favorito. Sea lo que fuere, Catalina pareció entrar en sus ideas, y le mandó redactar su proyecto. El ministro no se contentó con desenvolver su teoría constitucional; tuvo tambien la maña de desarmar altas repugnancias, colocando á la cabeza del consejo futuro el nombre de Gregorio Orlof. Habiendo hallado Panin mil dificultades en la adopcion de su proyecto, tuvo que renunciar á sus esperanzas, sin que esto ocasionase su desgracia. Catalina le conservaba por muchos motivos; su esperiencia en los negocios reparaba en cierto modo el mal efecto que producia el orgullo soldadesco de Orlof; por otro lado, su pereza acostumbrada le hacia incapaz de una ejecucion atrevida; y además, sus funciones de ayo del gran duque le daban con el público un influjo que no era de despreciar.

Bestujef, en quien ni la edad ni un largo destierro habian podido resfriar la pasion de la intriga, trató de derribar á su rival por medio de una nueva combinacion. Orlof, que se alababa públicamente de haber dado el trono á Catalina, y de podérselo quitar cuando quisiese, parecia que solo podia aspirar al puesto supremo. Bestujef trató de dárselo. Con aquella mira, y probablemente sin que Catalina lo supiera, hizo circular una peticion en la que se suplicaba á la emperatriz que asegurase la tranquilidad del estado, uniéndose á un esposo digno de participar de su trono: insistíase en ello, fundándose en la salud vacilante de Pablo, único heredero del imperio, rogábase á la emperatriz que hiciese al bien jeneral el sacrificio de su libertad. Bestujef, de acuerdo con Orlof, habia puesto en primer lugar al príncipe Ivan, íntimamente persuadido de que aquella oferta seria desechada por motivos políticos, mas bien que por la desproporcion de la edad: en efecto, los obispos, que ya consentian en firmar, pusieron por condicion la esclusion de Ivan. Entónces se aventuró el nombre de Orlof. Era peligroso pronunciarse contra un favorito vengativo, que se creia con derecho de pretenderlo todo, porque lo habia ajenciado todo: un gran número de señores habian firmado ya su adhesion, cuando á Vorontzof le vino la idea de preguntar á Bestujef en virtud de qué autoridad obraba de aquel modo. Aquella pregunta desconcertó al ex-canciller; y Vorontzof, que le habia sucedido, fuese rivalidad, fuese que vituperase realmente la union que se proponia, corrió á echarse á los piés de Catalina, y le espuso con vivacidad los peligros de semejante alianza. La emperatriz pudo medir de una ojeada toda la estension de la ambicion de su favorito; declaró que no se habia entrometido en aquellas intrigas, y que castigaria á Bestujef. Sin embargo, no hubo nada, sea que quisiere sondear los ánimos sobre este objeto, sea que una falta cometida en favor de Orlof hubiese hallado gracia

ante su justicia.

La salud del gran duque habia servido de pretesto para el paso que habia dado Bestujef: Panin, como para desmentir públicamente á aquel cortesano, hizo pasear á su pupilo á caballo durante muchas horas por las calles de la capital. La emperatriz se habia ausentado para una romería cuyo motivo publicaba la malignidad; la vista del gran duque, cuyas facciones recordaban las de Pedro III, produjo en el pueblo una viva sensacion. Desde el dia siguiente, una multitud de soldados de la guardia se reunió tumultuosamente delante del palacio, pidiendo al jóven príncipe para proclamarle emperador. Aquellos desgraciados, engañados por el manifiesto de Panin, y no comprendiendo nada de las medidas á medias de aquel ministro, fueron cruelmente desengañados. La emperatriz retrocedió y halló la exasperacion en su mayor auje: los arcos de triunfo que aquel mismo pueblo habia erijido en honor suyo habian sido destruidos, y sus ruinas atajaban el paso. Ella desplegó una firmeza que llegó hasta el rigor, no ignorando que no podia reinar sino á aquel precio. Tomáronse las medidas mas severas para comprimir el descontento; prohibiéronse hasta las conversaciones sobre política y gobierno, y el despotismo no cejó ante la ridiculez de vedar todo pensamiento sedicioso. No por eso quedaron quietos los Rusos; y bajo una calma aparente, era muy fácil ver que el trono de Catalina se hallaba minado por todas partes.

Catalina comprendió que solo ventajas brillantes podrian hacerla perdonar su elevacion; se sentia con la fuerza necesaria para desconcertar todas aquellas intrigas oscuras; y, sin desviarse de la prudencia, volvió sus miras hácia un teatro mas digno de su talento.

Desde Pedro el Grande, se habia sostenido el imperio ruso por su propio peso; mas la política, sin consecuencia ni unidad, habia variado constantemente, segun el carácter y el interés de los favoritos; sin embargo, los reinados de Ana é Isabel habian sido gloriosos para las armas moscovitas, y las ventajas alcanzadas sobre Federico habian infundido en las tropas aquella confianza con la que puede emprenderse todo. Catalina tenia á su disposicion elementos poderosos; tratábase de coordinarlos para ponerlos en ejecucion. Es preciso decir, para gloria de Pedro el Grande, que el plan se hallaba ya trazado; pero la ejecucion exijia tal vez una política mas delicada que la del reformador.

Las provincias bálticas estaban incontestablemente reunidas al imperio; la estenuacion de la Suecia, la anarquía de la Polonia, eran otras tantas garantías por aquel lado, mas el punto importante, la conquista de una parte del litoral del Euxino, que por sí solo podia dar todo su valor á las provincias meridionales, se presentaba como un problema cuya solucion interesaba á todas las potencias de Europa. Desde cerca de medio siglo, la Rusia, arrancada violentamente á sus costumbres, parecia aceptar contra su voluntad unas innovaciones á las cuales debia su nuevo poder; sin embargo, la civilizacion se infiltró por mil canales, á pesar de todos los obstáculos; en aquella oscilacion, era preciso impedir á la nacion que cejase, y precipitarla, por decirlo así, en medio de la Europa, para multiplicar los puntos de contacto, y ponerla en la imposibilidad de abdicar el puesto á donde la habia hecho subir el númen de un hombre.

Resulta pues que Catalina tenia el doble proyecto de engrandecerse hácia el Oriente y desmembrar á la Polonia.

Catalina habia adoptado en primer lugar una política de moderacion ó mas bien de espectativa, para reparar su hacienda, organizar sus recursos, y tomar consejo del tiempo y de las circunstancias.

Principió por la ocupacion de la Curlandia. Quince mil hombres se establecieron en el ducado; Grandentz fué ocupada militarmente.

Catalina envió á Varsovia al conde Keyserling, en calidad de embajador; y escribió de su propio puño á Poniatovski: « Envio Keyserling á Polonia, con órden de haceros rey á vos, ó al príncipe Adam Czartoriski, vuestro primo. » Poniatovski ocultó al principio su alegría; parecia no desear mas que volver como embajador al lado de Catalina: mas su ambicion, que creia encubrir bajo el velo de una pasion anovelada por la emperatriz, no pudo ocultarse al baron de Breteuil, quien dió aviso á la corte de Francia de cuanto se preparaba.

En el momento en que el partido de Czartoriski contaba con la proteccion moscovita para reformar la constitucion, recibió el anciano rey de Polonia una carta de Catalina que le ordenaba llamar á su hijo de Curlandia. Iba á abrirse la dieta de 1762, la cual estuvo á pique de ensangrentarse; la oposicion de un miembro la hizo disolver.

Los negocios se complicaban cada dia mas; la idea de convocar una nueva dieta estremecia á Bruhl. Poniatovski no temió llamar en su socorro un ejército ruso; esto era lo que Keyserling aconsejaba á la emperatriz. Augusto, apresurado para que desposeyese á su hijo, se habia dirijido al senado; y habiendo herido sus deliberaciones el orgullo de Catalina, esto hizo avanzar fuerzas en Polonia, bajo el pretesto de enviarlas á Ukrania. Augusto no se atrevió á arrostrar el peligro, y dió al príncipe Cárlos la órden de abandonar su corona á Biren. Alejóse pues de aquella capital que le habia servido de prision, y se fué á Dresde á reunirse con su padre.

Sin embargo, la Polonia no se hallaba amenazada solamente por la Rusia; el khan de los Tártaros, Crim Ghirei, exijia sumas considerables; el rey de Prusia, que seguia con ansiedad la política de Catalina, la embriagaba con inciensos y adulaciones.

Poco tiempo despues, murió Augusto, siguiendo muy de cerca á Bruhl.

A la noticia de aquella muerte, la inquietud jeneral se manifestó con pesares; el luto pareció reunir por un instante los partidos; cesaron los negocios, y el primado de Polonia, Lubienski, arzobispo de Gnesmo, tomó las riendas del gobierno.

Pasóse mucho tiempo en intrigas sobre el nombramiento de nuevo rey de Polonia. La nacion polaca tendia la vista sobre Branitski, sujeto muy recomendable por su patriotismo á toda prueba y por su alta reputacion militar. Keyserling anunciaba, como cosa decidida é indudable, la coronacion de Poniatovski. La condesa Bruce se habia puesto en la cabeza hacer rey de Polonia á su querido, el príncipe Adan, hijo de Augusto Czartoriski; y Catalina, cuyo afecto hácia Poniatovski no era mas que un tierno recuerdo, habia vacilado, como se ha visto anteriormente, entre los dos primos. El baron de Ostren quiso tambien hacer subir al trono al conde Oginski, émulo de Poniatovski.

Catalina apuraba todos los manantiales de las rentas del imperio para la ejecucion de su plan, y hasta suspendia la paga de las tropas, con la certidumbre de que seria indemnizada ampliamente de aquellos sacrificios. Instruyéronla de la resistencia que los Polacos oponian á sus voluntades; y, como añadian que repugnaban ver subir al trono á un hombre cuyo abuelo habian conocido ecónomo en una hacienda del príncipe Sapieha, esclamó airada: « Aun cuando lo hubiese sido él mismo, yo quiero que sea rey, y lo será. »

Hallábanse ya repartidos sesenta mil Rusos sobre las fronteras; y Catalina, obrando á la vez por el temor y el cohecho, no hallaba ningun obstáculo de gravedad, y contaba de tal modo con la eficacia de aquel último medio, que un dia, enseñando al conde Oginski un rico collar de diamantes, le dijo: « Aquí hay con que hacer un rey de Polonia. »

Sucediéronse nuevas intrigas, y todos los enemigos del partido ruso tomaron la resolucion de oponerse por todos los medios, y hasta con las armas, á la eleccion de Poniatovski. Faltaba el dinero, pero contaban con los socorros de los estranjeros.

Sin embargo, el rey de Prusia, cuyo ejército se hallaba sobre un pié formidable, concluyó con Catalina

un tratado (1764) de alianza que hacia en lo sucesivo comunes sus intereses y esfuerzos. Envió á Poniatowski el cordon de la órden de Prusia, y no cesó de aconsejar á los Polacos la sumision mas completa á las voluntades de la emperatriz.

Abriéronse las pequeñas dietas; y el resultado de las elecciones fué contrario á los Czartoriski.

En la Polonia prusiana debia celebrarse la dieta en Graudentz, ciudad ocupada entónces por dos mil Rusos que Catalina habia dejado en ella, bajo el pretesto de guardar un almacen. Para contrabalancear el influjo de aquellas tropas, resolvieron los señores reunirse en Graudentz, á la cabeza de las tropas de que podian disponer. Poniatovski, que preveia el resultado de aquella medida, llamó un ejército ruso para hacer frente al peligro. Esto era cabalmente lo que deseaba Catalina. Los cuerpos que guardaban las fronteras penetraban á un mismo tiempo en la Prusia polaca, en el gran ducado de Lituania y en la grande Polonia, para imponer respeto á los miembros de la dieta jeneral.

La dieta de Graudentz se disolvió con la presencia inopinada de las tropas rusas. Cuarenta mil Prusianos bloqueaban la frontera, y diez mil Moscovitas, diseminados en el pais, amenazaban toda resistencia.

Catalina emprendia sobre las fronteras de su imperio un viaje proyectado desde mucho tiempo, y cuyo principal motivo era avistarse con Poniatovski. Tomó un conocimiento exacto de todo cuanto tenia relacion con la marina, la guerra y la administracion civil en la Livonia, y fué hasta la Curlandia.

Poniatovski se lisonjeaba que aquella entrevista seria favorable á su fortuna; mas Orlof, que le temia, declaró que se vengaria del Polaco, si osaba presentarse ante la emperatriz. Los enemigos de los Czartoriski se aprovecharon de aquella ocasion para perjudicarlos: algunos de ellos fueron á Mittau, y representaron á Orlof cuánto tenia que temer de su rival. Es muy probable que Catalina no estaba en aquella época muy dispuesta á partir su corona con Poniatovski; el rey de Prusia, por una amenaza indirecta, la habia dado un pretesto plausible para desistir de tal empeño, pues, hablando de aquel matrimonio como de un rumor que habia llegado á sus oidos, dijo: «Que se miren bien en ello; es una cosa que yo no aconsejo ni al uno ni al otro.»

Pero mientras que la atencion jeneral atisbaba la determinacion que tomaria Catalina, desaparecia por un crímen el último obstáculo que embarazaba su política. El príncipe Ivan, perdonado por Isabel, pero estrechamente guardado durante muchos años, era la única esperanza de los descontentos. Su juventud, sus prendas, que se complacian en exajerar, todo concurria á hacer mas crítica la posicion de aquel desgraciado Hasta el interés que le manifestaban fué para él un peligro real; y gracias á la imprudencia de sus partidarios, no le quedaba otra alternativa que el trono ó el suplicio. En una trama reciente, los culpables habian pronunciado su nombre; para evitar el escándalo de una ejecucion pública, y no despertar funestos recuerdos, habian dejado morir de hambre á los conspiradores. Las pruebas de interés que les habia dado Pedro III, se unian fatalmente á su destino. Catalina era clemente por inclinacion; mas no cejaba jamás ante un crímen necesario á su política. Ivan estaba estrechamente guardado en la fortaleza de Schlusselburgo. Los capitanes encargados de su custodia tenian órden de deshacerse de él en el caso de una tentativa violenta, dirijida á facilitar su evasion.

Un oficial, nieto de Mazepa, servia en un rejimiento que se hallaba de guarnicion en Schlusselburgo; hallándose de guardia en la fortaleza, cohecha una parte de los soldados, desarma algunos centinelas y apunta un cañon contra la puerta de la prision. Durante aquel ataque, agresores y guardias se despiden algunos tiros; y los dos oficiales de quienes hemos hablado, se arrojan con la espada desenvainada sobre su víctima, que cae acribillada de heridas, despues de una larga resistencia. Abrese entónces la puerta, y ofrécese el cuerpo del desgraciado príncipe á los ojos de sus supuestos libertadores. «Ved á vuestro czar», les dicen los dos asesinos; inmediatamente se alejan y se embarcan con precipitacion para Dinamarca, donde les acojió el embajador ruso.

Hase querido disculpar á Catalina de toda participacion directa en aquel asesinato; hase dicho que Mirovitch se habia arrojado á aquella tentativa por un resentimiento particular contra la emperatriz, y hase opuesto á la ejecucion de Mirovitch el favor de Orlof, uno de los asesinos de Pedro III. Mas ni las lágrimas que ella derramaba al saber oficialmente la muerte de Ivan, ni los razonamientos de sus apolojistas son suficientes para destruir las pruebas morales de su culpabilidad; no considerando mas que la razon de estado, Catalina debia juzgar aquel crímen necesario, y no era ella mujer para sacrificar su seguridad personal y la realizacion de sus designios á consideraciones de un órden puramente moral. A pesar de lo que dice Castera, biógrafo de Catalina II, no cabe duda en que aquel crímen tuvo la adhesion de la emperatriz. Su ausencia es una grave presuncion de mas.

El cuerpo del príncipe fué espuesto sin pompa delante de la iglesia de Schlusselburgo, cubierto con un vestido de marinero; en seguida le envolvieron en una piel grosera; mas aquel contraste de una sepultura popular con la jerarquía de la víctima, aumentó mas la impresion que comunmente produce el espectáculo de un grande infortunio.

A su vuelta se halló rodeada Catalina por un jentío silencioso, y la emperatriz recibió con semblante sereno aquella manifestacion acusadora, única leccion que pudo darla un pueblo esclavo.

Asegúrase que á pesar de las amenazas de Orlof, tuvo Poniatovski en Riga una entrevista con su protectora. A favor de un disfraz, habló algun tiempo con ella, y volvió á partir desengañado de sus proyectos de himeneo. En fin, despues de algunas perplejidades de Catalina, que menos preocupada con Poniatovski, parecia vacilar entre el príncipe Adan y el conde Oginski, Keyserling y Panin redoblaron su actividad, y la dieta le proclamó rey á la unanimidad: mas el corto número de jentiles hombres de que se componia aquella dieta, podia mirarse como una protesta contra aquella eleccion forzada: sobre ochenta mil votos, solamente cuatro mil decidieron de la suerte de la Polonia.

La eleccion de Estanislao Augusto irritó al divan, sin decidirle á un rompimiento; los enviados ruso y prusiano prometieron que Poniatovski no se casaria sino con una Polaca, y que las tropas rusas saldrian inmediatamente del territorio de la república.

Catalina pareció medianamente satisfecha, á la noticia de la eleccion de Poniatovski; su ministro Keyserling llevó al sepulcro la satisfaccion de haber hecho un rey de Polonia.

La coronacion se hizo con pompa; Estanislao Augusto se atrevió á presentarse á su pueblo con un traje cómico, como para insultar á sus costumbres antiguas.

Satisfecha Catalina con haber dado un trono, halagaba la ambicion de Orlof, prometiéndole un reino en las vastas provincias vecinas de Astrakhan.

Catalina descansaba del cuidado de los negocios en Panin, quien favorecia en Polonia las nuevas constituciones, al paso que Orlof, por odio á Poniatovski, apoyaba las reclamaciones de los republicanos. Mas de veinte mil Rusos se hallaban repartidos por el territorio de la república, obligando á los señores á firmar la confederacion jeneral, mientras que Repnin queria disolverla en Varsovia. La Rusia se ocupaba con actividad en la demarcacion de las fronteras, y queria invadir una estension de mas de doscientas leguas desde el Báltico hasta la embocadura del Nieper: por este modo iba á hallarse dueña del canal Oginski, cuya conclusion debia abrir una comunicacion entre los dos mares.

Cansado Poniatovski de ser rejentado por sus tios, quiso gobernarse por sí mismo, y buscó en los placeres de una córte disoluta con que compensarse de las tribulaciones del poder. Repnin se quejó de él á la emperatriz; el rey de Prusia, informado que aquel otro rey que él habia dejado hacer, se lisonjeaba de casarse con una archiduquesa, y que, con aquella esperanza, inducia secretamente á Catalina á volver á sus antiguas alianzas, habia fulminado contra él aquella terrible amenaza: «Yo le aplastaré la cabeza con su corona.» Federico principió á causarle todo jénero de vejaciones, y Estanislao Augusto recurrió á la proteccion de la emperatriz, que al fin se decidió á enviar á Varsovia un ajente hábil para que se cerciorase del verdadero estado de las cosas. Escojió para ello á Saldern, hechura de Panin.

Catalina, siempre hostil á la Francia, habia exijido de la Polonia la ratificacion de un tratado de alianza ofensiva y defensiva, en virtud del cual la república debia darle un socorro de cincuenta mil hombres, en caso de necesidad; aquella princesa habia concebido el proyecto de contrabalancear con una alianza, entre las córtes del norte, la que una comunidad de miras é intereses habia establecido entre los demás gabinetes de Europa. La Francia temió que la Inglaterra, la única capaz de pagar aquella liga amenazadora, dirijiese las fuerzas segun sus antiguas miras de rivalidad; dió pues mayor actividad á sus relaciones esteriores, y Choiseul comunicó nuevas órdenes al embajador de Francia en Turquía. Desde entónces se puso de manifiesto la conducta de los Rusos en Polonia, desenvolviéndola oficialmente.

Saldern fué inmediatamente á Berlin; el rey eludió responder de un modo positivo sobre la alianza del norte; pero prometió obrar de acuerdo con la Rusia en todo lo que concernia á la Polonia.

No obstante emisarios rusos recorrian las provincias, amenazando con la venganza de la czarina á todos aquellos que en la dieta suscitasen la cuestion sobre los disidentes, sobre la estancia de las tropas rusas en las provincias de la república, sobre la demarcacion de los límites, y por último, sobre el tratado de alianza: aquel lenguaje altanero animó á los descontentos, y las pastorales de los obispos prestaron apoyo á la resistencia. Repnin estrañaba encontrar obstáculos; mas le quedeba la fuerza de las bayonetas como último argumento.

Uno de los pretestos mas especiosos de Catalina para ocupar militarmente la Polonia era la cuestion sobre los disidentes; despues de haber moderado algun tanto sus pretensiones, declaró que si no la concedian lo que pedia, sus demandas *serian ilimitadas*.

La especie de aislamiento en que se encontraba Estanislao Augusto le inclinó á aproximarse á los Czartoriski; estos últimos, satisfechos con aquel paso, se apresuraron á reunir su partido con el suyo. El rey, en aquella estremidad, finjió miras patrióticas, y prometió oponerse al despotismo ruso, si se lograba hacer adoptar en la dieta que en lo sucesivo el aumento del ejército no dependeria del *libre veto*, pero que aquella medida importante seria decidida á la pluralidad de votos. Los obispos aceptaron aquellas condiciones, y en una audiencia pública dada al embajador de Rusia, declaró el rey que jamás olvidaria lo mucho que debia á Catalina; pero que, en un conflicto entre el reconocimiento y el deber, se uniria á la nacion para defensa de la relijion. Las sesiones preparatorias de la dieta atrajeron la discusion sobre los disidentes, y el rey dió á conocer su flaqueza, no atreviéndose á declararse sobre aquel punto. Por lo demás, la corte prosiguió constantemente sus miras, la centralizacion del poder. En presencia de aquella táctica, cambió Repnin repentinamente de conducta. Alentó la oposicion republicana para entorpecer la marcha de los Czartoriski. Las ventajas del nuevo sistema fueron reconocidas por la mejora de la hacienda; aprovecharon la impresion favorable que ha-

Lemaître direxit. Traverser Sc.

Monastère de l'Assomption.

Monasterio de la Asuncion.